



OBSERVATORIO LATINOAMERICANO Y CARIBEÑO

Revista

OBSERVATORIO LATINOAMERICANO Y CARIBEÑO

Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe · IEALC

ISSN 1853-2713

<https://publicaciones.sociales.uba.ar/observatoriolatinoamericano/>

Volumen 3 · Número 1 (enero-junio, 2019)

*Formaciones culturales e intelectuales en América
Latina, siglo XIX y XXI*

Entrevista con Grínor Rojo de la Rosa

María Elena Oliva

Formaciones culturales e intelectuales en América Latina, siglo XIX y XXI **Entrevista con Grínor Rojo de la Rosa**

María Elena Oliva
Universidad Academia de Humanismo Cristiano
moliva@docentes.academia.cl

Hablemos del campo intelectual latinoamericano, siglos XIX y XXI, en relación al proyecto de publicación que usted tiene en proceso. Cuéntenos sobre él, ¿en qué etapa está?

De lo que tenemos que hablar, tal como tú lo planteas, es de la era republicana, es decir, desde las independencias de comienzos del siglo XIX para acá. Esa era republicana, en su conjunto y desde el punto de vista cultural, ha sido previamente trabajada pero menos de lo que uno creería. En mi trabajo, los antecedentes que yo tengo son uno de comienzos de los cuarenta, que es *De la conquista a la independencia* de Mariano Picón Salas, un libro clásico, pero que es un libro que realmente lo que cubre es la Colonia y solo los comienzos de la era republicana, de modo que podemos dejarlo de lado. El libro que realmente inaugura una visión de conjunto es *Las corrientes literarias en la América Hispánica* de Pedro Henríquez Ureña, que se publica en inglés en 1945 y que es el resultado de las *Charles Eliot Norton Lectures* que él dictó en Harvard ese año o el año previo, en 1944. El libro se publica el 45, y se traduce casi inmediatamente después al español. Ese es el primer antecedente y es un antecedente fundamental.

Se trata de un libro que ordena la historia de la cultura republicana en largos períodos hasta el siglo XIX, y que para el XIX y el XX introduce lo que en ese momento estaba en el centro de una cierta discusión: las generaciones como un modo de periodizar la historia. Es un tipo de orden con el que Henríquez Ureña corrige (o cree corregir) la historiografía liberal y la historiografía positivista de fines de siglo XIX, y que se extendió hasta comienzos del siglo XX. Desde el punto de vista de los contenidos, la visión de América Latina que tiene Henríquez Ureña en *Las corrientes literarias...* y posteriormente en su *Historia de la cultura en la América Hispánica*, está asentada sobre el concepto de mestizaje. Yo diría que algo de esto hay ya en el siglo XIX mexicano (Ignacio Manuel Altamirano, por ejemplo), pero sobre todo desde la Revolución Mexicana en adelante; es la definición de América Latina como una América Latina mestiza. Es también la visión de Henríquez Ureña, quien por lo demás había estado en la postrevolución mexicana y había sido colaborador de Vasconcelos en la reconstrucción de México después de la guerra civil. En

suma: su visión es la de una América Latina mestiza y periodiza su evolución mediante el método de las generaciones.

Desde ahí hay que dar un salto hasta los ochenta, que es cuando aparece el libro de Ángel Rama, *La ciudad letrada*. A pesar que Rama le rinde tributo a Henríquez Ureña y le reconoce lo que no se le puede menos que reconocer, que es su magisterio intelectual, él está en otro momento y trabajando con otro instrumental. De hecho, lo primero que hay que decir con respecto a *La ciudad letrada* es que no es una historia de la cultura, que es lo que ocurría con los libros de Henríquez Ureña, sino una historia del intelectual. Es decir que cambia Rama el foco de la pesquisa. La suya es una historia del intelectual hispanoamericano, montada sobre el ejemplo del Foucault de *Las palabras y las cosas*, que es un libro de los años sesenta. Foucault es el que le proporciona a Rama el método para su interpretación. Ese método, fuertemente influido por la lingüística, pone el acento en los signos. Según Foucault, en la época barroca francesa se produce la separación entre las palabras y las cosas. Las cosas son sustituidas por las palabras, son reemplazadas por los signos. De este modo, *Las palabras y las cosas* fija una ruta de pensamiento. Ángel Rama aplica esta perspectiva al caso latinoamericano y produce este libro que él no vio, porque se publicó después de su muerte. Siempre he pensado que es un libro que él debió haber tenido la oportunidad de trabajar un poco más, entre otras cosas porque donde está más acabada esta perspectiva es en los primeros capítulos, que son los que tienen que ver con la época colonial. Cuando entra en la era republicana, que es la que a mí me interesa, el libro se adelgaza, pierde espesor. Por otro lado, el libro de Rama tiene el inconveniente, a mí parecer muy serio, de que lo que está haciendo es traslapar un esquema interpretativo concebido para la historia de la cultura francesa a la historia de la cultura latinoamericana, que por cierto tiene características muy diferentes. El resultado es un libro lleno de sugerencias interesantes, por el que yo siento un gran respeto, pero que no me deja contento.

Más recientemente, hace tres o cuatro años, aparecieron dos volúmenes de Waldo Ansaldi y Verónica Giordano con el título *América Latina: la construcción del orden*, y que, de nuevo, es un intento de lectura de la cultura latinoamericana de la era republicana e incluso de un poco antes. Son libros que están más cerca del mío y con los que me comunico mejor; tengo algunas diferencias con las periodizaciones que ellos ofrecen, pero tengo una cercanía conceptual con respecto a lo que ellos entienden qué es América Latina, que no puedo negar. Efectivamente, es un trabajo que a mí me interesa.

Estos son los antecedentes, el trasfondo a partir de lo cual yo he hecho mi propio trabajo. Este trabajo mío consiste, en términos materiales, en la producción de tres volúmenes, no

sobre la era republicana, sino sobre lo que sería el período moderno en la historia cultural de América Latina.

Y esto significa partir en torno a 1870, más o menos. Es muy significativo para mí el hecho de que en la década del setenta del siglo XIX se produzca la remodelación de Santiago de Chile, ya que ese es deliberadamente, de parte de Vicuña Mackenna, quien es el Intendente en aquel momento, un intento de modernizar la capital del país. El comienzo de esta modernidad que me interesa investigar de alguna manera se materializa en ese ese proyecto de los años setenta del XIX. Vicuña Mackenna lo que hace, y que por lo demás va a ser seguido en otras capitales de la región, es intentar reproducir en Santiago de Chile el modelo *hausmanniano* francés. Había estado en París en el momento en que Haussmann inicia la renovación de esa ciudad y quedó impactado. Era la conversión de la ciudad medieval francesa en una ciudad moderna, lo que significaba botar calles, abrir avenidas (los grandes bulevares de París se inauguran en ese momento), instalar parques, el Bois de Boulogne, etc. Esto es lo que ve Vicuña Mackenna y lo que va a tratar de imitar en Santiago; y es increíble todo lo que logra en los tres o cuatro años que estuvo en la Intendencia. No hizo todo lo que se proponía porque muchas de esas cosas, por ejemplo la canalización del Mapocho, son posteriores. Lo más importante que hace es abrir calles, pero sobre todo crear el camino de cintura, que es nuestra primera circunvalación; y luego crear un parque monumental, el del cerro Santa Lucía. Hay fotos, que yo generalmente les recomiendo a mis estudiantes que las vean –no sé cómo llamarlas, si fotos o daguerrotipos– que están en la colección que tiene la Universidad de Chile, en las que aparece un centro de Santiago cubierto de casas de adobe con tejas rojas arriba, lo que hasta hace cincuenta años uno podía encontrar en algunos pueblos de provincia, y por detrás de estas casas se levanta este cerro con castillos medievales; es un absurdo tan grande, pero al mismo tiempo hermoso, que refleja perfectamente el deseo de modernizar un Santiago que en ese momento era todavía una aldea.

Esta primera formación moderna se va a prolongar hasta alrededor de 1920, pues ya a esas alturas el presidente Batlle y Ordóñez en el Uruguay había cumplido su segunda presidencia; la Revolución Mexicana había tenido lugar, ya que la fase bélica termina en 1920; en 1916 eligen a Hipólito Yrigoyen presidente de la Argentina; en 1920 eligen a Arturo Alessandri presidente de Chile, es decir, sobreviene en torno a 1920 –un poco antes, un poco después– una transformación profunda, que se va a prolongar hasta el tiempo de las dictaduras. De 1920 a los años setenta y ochenta.

La tercera formación se extiende desde las dictaduras hasta hoy. Este es el arco de la modernidad de la que yo hablo en estos tres libros, dedicando un volumen a cada uno de

sus tiempos. En cada caso, yo estoy funcionando, más que con la noción de campo cultural de Bourdieu, con algo que anda cerca de eso y que trabajé en el libro *Diez tesis sobre la crítica*, publicado el 2001, y que es la noción de formación cultural. Diré así que cada una de estas fases que acabo de señalar, constituye una formación cultural. Entiendo formación cultural como una cierta estabilización cultural que se produce en torno a la relación que se establece entre un modo de producción cultural dominante y unos modos de producción culturales subalternos. Extraordinariamente importante es para mí el Raymond Williams que habla de cultura residual, cultura dominante y cultura emergente, porque lo que ocurre es que en una formación cultural además del modo de producción dominante están los modos subalternos, que pueden ser residuales y provenir de procesos anteriores, o pueden ser emergentes y estar apuntando hacia lo que va a ser el futuro, ya que lo que va a ocurrir eventualmente es que esa formación cultural va a entrar a un proceso de crisis y al cabo de transformación, debido a que el modo de producción cultural dominante pierde su ascendiente sobre el conjunto y uno de los modos subalternos empieza a adquirir predominio.

En el caso latinoamericano, en el esquema que acabo de señalar, el modo de producción cultural dominante en la primera fase de esta modernidad impulsa una modernización de corte conservador, lo que significa que la producción de cultura no sólo va a estar localizada dentro de los grupos sociales que están vinculados con ese modo de producción, sino que además ese va a ser un modo de producción cultural que va a entender que lo esencial de la cultura se produce en el mundo europeo, y que desde el mundo europeo se traslada hacia acá, y que lo único que a nosotros nos cabe hacer es seguir, de la mejor manera posible, las normas impuestas provenientes desde el exterior.

En la formación siguiente, el criterio cambia. En términos de historia general, se entiende como una fase de democratización en América Latina, que pasa por lo menos por tres o cuatro tramos que son muy importantes. Un primer tramo es fuertemente nacionalista, en el que el modelo por excelencia es el de la cultura que proviene de la postrevolución mexicana, con Gamio y Vasconcelos a la cabeza. Pero luego, después de la Segunda Guerra Mundial, y cuando se afirma la hegemonía de los Estados Unidos sobre América Latina y sobre el mundo –en ese momento Estados Unidos es un poder sin contrapeso–, ese fuerte nacionalismo inicial, el de un Cárdenas en México, el de un Pedro Aguirre Cerda en Chile, pierde fuerza y es sustituido por un compromiso con la cultura estadounidense; es correlativo a lo que se está produciendo en el plano político, es decir, basta con recordar que a fines de los años cuarenta se produce la gran persecución anticomunista. Lo que ocurre después de la Segunda Guerra Mundial es la instalación de la Guerra Fría, que supone esa persecución, el despliegue del macartismo en todos los países de América

Latina. El más grande los poetas de Chile tiene que arrancar a lomo de mula por el sur, perseguido por la policía de un presidente que está obedeciendo a los dictámenes de Truman. El cambio económico creo que queda bien representado por las recomendaciones desarrollistas y postdesarrollistas de la CEPAL. Esta institución se funda a fines de los cuarenta, al principio con una perspectiva desarrollista, que copian de Estados Unidos –la perspectiva de Rostow–, pero que varía hacia una teoría del desarrollo, hasta finalmente constituir una teoría de la dependencia. Se va produciendo así una transformación del campo intelectual, el de los científicos sociales más bien, que se mueve en ese sentido. La teoría de la dependencia, que es el último tramo de esta fase, tiene representantes centristas, por decirlo así, y representantes izquierdistas; hay una teoría de la dependencia de la izquierda, que ya es francamente antiimperialista, que es la que producen los brasileños y que aquí tiene impacto en alguien como Enzo Faletto.

Pero luego se da una cuarta etapa, ya en los años sesenta, cuando la situación se divide entre partidarios de la reforma y partidarios de la revolución. La Revolución Cubana ha triunfado en 1959, se ha producido una clara división en la izquierda, entre la izquierda tradicional, representada por el Partido Comunista, y la nueva izquierda, representada por los diversos grupos guerrilleros que siguen de una u otra manera, no sin discrepancias entre ellos, el modelo de la Revolución Cubana. Reformismo y revolucionarismo que en el caso chileno se da en los dos niveles, es decir, en el gobierno reformista de Eduardo Frei Montalva entre 1964 y 1970, un gobierno de inspiración demócratacristina y que fue el primero que hizo una reforma agraria en serio en Chile, y el momento revolucionario, que es el que corresponde al gobierno de Allende, entre 1970 y 1973. Todo lo cual desemboca no en la reforma ni en la revolución, sino en las dictaduras, porque lo que hay que entender con respecto a las dictaduras es que se instalaron en principio, y eso fue lo que los militares decían, para detener al marxismo antioccidental y anticristiano; los militares entendían que esa era su obligación, su misión en el mundo. Pero en realidad, lo que estaba por detrás, y que se va a ir imponiendo cada vez más y con más fuerza, es un proyecto de restauración del orden tradicional. Se produce, desde las dictaduras en adelante, una extraordinaria confluencia entre la oligarquía tradicional latinoamericana, que no había desaparecido, sino que se había replegado durante el período anterior, pero que ahora vuelve con toda su fuerza y, por otro lado, la perspectiva neoliberal de reconstrucción de la economía capitalista de estos países. El proyecto concreto, y en Chile esto es de una claridad impresionante, consiste en acabar con todo lo que había sido el proceso democratizador que va desde los años veinte hasta las dictaduras; acabar con todo eso e instalar un nuevo Estado, que en realidad es el Estado previo, el Estado conservador de la primera modernidad, sumado a las novedades de la perspectiva neoliberal. Son los neoliberales apoyando a los conservadores, y los conservadores apoyando a los

neoliberales. Y, claro, quienes hacen el trabajo sucio son los hombres de uniforme, evidentemente. Esto es lo que conforma esta tercera modernidad y el individuo que la representa mejor que nadie, en el caso chileno, es Jaime Guzmán Errázuriz. Él ha conocido la España de Franco en su adolescencia y la ha admirado, le ha escrito a su madre cartas de las cuales existe constancia, haciendo la apología del régimen franquista, pero también se da cuenta del giro que se produce en España en los años sesenta. Entiende así que lo que tiene que hacer es unir su arraigado conservantismo o conservadurismo a la perspectiva neoliberal; es la perspectiva neoliberal la que le puede garantizar la imposición de los valores conservadores. Se produce una cosa muy extraordinaria aquí: para el viejo liberalismo, la libertad económica y la libertad política iban juntas; lo que estos otros descubren, leyendo a Hayek desde luego, pero también en la práctica local, es que ese amor entre liberalismo económico y liberalismo político no tiene por qué existir, que es perfectamente posible desarrollar un liberalismo económico a todo trapo con un régimen autoritario, y el modelo dictatorial es eso. Pero Chile es el único lugar de América latina donde esto logra instalarse de una manera radical; este país se constituye en el modelo para el conservadurismo latinoamericano en general, y cuando se produce el fin de las dictaduras y sobrevienen las democracias, Salinas de Gortari en México, Gaviria en Colombia, Sánchez de Losada en Bolivia, Menem en la Argentina, etc., y hoy día Bolsonaro y Macri, todos van a intentar replicarlo, pero con el problema, y este es el problema que están teniendo hasta este mismo momento, de que el modelo sólo puede instalarse a punta de bayoneta, y que ellos están tratando de instalarlo diz que sin salirse del esquema democrático.

Por lo que usted me relata, las etapas que señala para los procesos culturales van muy acorde a lo que la sociología, o ciertas líneas historiográficas, han periodizado para el desarrollo del Estado en América Latina. Estas formaciones culturales van de la mano con las transformaciones sociales, económicas y políticas. Desde esta perspectiva, ¿cuál es entonces el rol de los intelectuales, tanto en la conformación de los Estados nacionales, al menos desde el último cuarto del siglo XIX hasta ahora, como en el desarrollo de un pensamiento crítico ajeno al Estado? ¿Cuál ha sido el lugar de estos intelectuales en cada una de las etapas que usted propone?

Hay varios puntos por responder. En primer lugar, el concepto de intelectual es la primera cosa que debemos tener en consideración. Yo entiendo al intelectual como el individuo que es un intermediario fundamental entre el orden del mundo, el orden instituido, y la masa ciudadana. No creo, de ninguna manera, como creen los postmodernos, de que – para decirlo con el lenguaje de ellos, que no es el mío– el subalterno pueda hablar siempre

con su propia voz. Creo que, en la mayor parte de los casos, el subalterno no habla con su propia voz, sino que habla con la voz que le impone quien sea o cual sea el poder dominante en ese momento. En el caso contemporáneo, lo que caracteriza a la cultura es que el dominio por la fuerza está siendo sustituido cada vez más por un dominio mediático, y este es el que realmente maneja al subalterno, el que se pretende que puede hablar con su propia voz. Ahí es donde entra a tallar el intelectual, desde mi punto de vista, cuya tarea es justamente la de aclarar esa falacia; devolverle al pueblo, a la gente, al ciudadano, la capacidad de pensar; ponerle, y no imponerle, los elementos, los instrumentos, las informaciones, los mecanismos que el pueblo puede utilizar para realmente pensar. Esta entiendo yo que es la tarea del intelectual siempre; no creo en la caricatura del intelectual, que es la de una especie de sacerdote que predica la palabra de dios; no, no creo en absoluto en eso. Creo que el intelectual moderno es un intermediario en este sentido preciso, el de formar, entregar instrumentos para que la gente pueda sacarse de encima el engaño en el que están metidos.

En el caso latinoamericano, el primer momento o fase que yo señalé, que va de los años setenta del siglo XIX hasta 1920, es una fase que está dominada por intelectuales que funcionan esencialmente en la línea determinista, que es la línea del positivismo comteano y es la línea de Spencer. Hay otras influencias, la de Stuart Mill y la de otros que tienen cierta significación, pero lo más importante es eso. Ese es el pensamiento de punta en ese momento. Junto a ese pensamiento de punta, que es progresista, oligárquico, tecnocrático y racista, todos elementos muy importantes, surgen posiciones alternativas. Estoy pensando, por cierto, en el pensamiento de un Martí, en el pensamiento de un Bilbao, en el de un González Prada, quienes, efectivamente, están mirando en otra dirección. Incluso al interior mismo de los positivistas, uno puede encontrar positivistas de un democratismo impresionante, como ocurre con Valentín Letelier, por ejemplo, o incluso con Justo Sierra en el caso mexicano. Lo que hay es una constelación, por eso hablé de una formación discursiva; es una constelación en la cual el discurso dominante es el discurso positivista, evolucionista, pero que tiene que convivir, para mantener la estabilidad, con estas otras discursividades. Cuando esto cambia, en el segundo momento, el discurso que se impone –de alguna manera lo señalé en lo que hablamos antes– es en principio un discurso nacionalista, que va a ser sustituido por el desarrollista, desarrollista cepalino, por el discurso de la teoría de la dependencia y que, finalmente, va a rematar en la perspectiva reformista o revolucionaria.

Detengámonos brevemente en estos dos períodos. Hay algo que me llama la atención y es que pareciera haber una continuidad con el tema racial, sobre todo en el momento nacionalista de esta segunda modernidad. El tema de la raza sigue siendo relevante, pero empieza a aparecer con fuerza el de la clase, y es este el que va a predominar hacia finales de esa segunda modernidad.

En los dos primeros períodos eso es relativamente claro. ¿Cuáles son las soluciones en el siglo XIX frente a la cuestión indígena, y la cuestión de la raza en general? Las soluciones son dos: uno es el aislamiento, el otro la eliminación. El modelo es lo que se ha hecho en Estados Unidos, y para América Latina quien lo propone de manera muy clara es Sarmiento. Es decir, o las reducciones o la eliminación. Eso cambia en la segunda modernidad, en el sentido de que el criterio va a ser la incorporación de esos grupos a la ciudadanía nacional, lo cual significa eliminarlas también, pero no físicamente, como en el caso anterior, sino culturalmente. Que esas culturas se transformen, en el mejor de los casos, en remanentes folclóricos y que, en verdad, sea la cultura dominante la que cubre la totalidad del espectro. Hay, por lo mismo, una apertura considerable en el campo educacional; la educación del indígena o del negro es inconcebible en la primera fase. Sarmiento, que era el gran educador, tenía muy claro de que había gente que era educable y gente que no era educable: la gente que era educable para él eran los mestizos, es decir, básicamente el gaucho de la pampa que podía constituir la base de la nacionalidad en algún sentido; y la gente que no era educable eran el indio y el negro. En esta segunda etapa, la que va desde 1920 hasta las dictaduras, se va a pensar que todos son educables, hay una especie de universalización de la educación que no siempre se corresponde con la práctica, la idea con las instalaciones que se hacen, pero el criterio es ese, que todos tienen derecho a la educación. Siendo así, efectivamente se logra educar a mucha gente de esos sectores subordinados gracias a la educación pública y nacional. Se supone que es gente educada en la nacionalidad, pero que va a ir descubriendo, sobre todo los más jóvenes, la posibilidad de reclamar su propia identidad. La diferencia es que ese reclamo se hace con instrumentos: aquí hay historiadores, hay sociólogos, hay literatos, hay toda una camada nueva que empieza a pensar en estos términos. Y eso es lo que nos mete en la tercera modernidad, porque esa es gente que fue formada en la segunda modernidad. En la tercera modernidad, el eje conceptual, el que reemplaza al desarrollismo y a todo lo demás que viene a continuación, va a ser la globalización capitalista. No es un postcapitalismo, sino una reinención del capitalismo en circunstancias muy específicas, que son circunstancias de crisis. El capitalismo ha venido sosteniendo una crisis larga, que no es una crisis que se pueda resolver en dos o tres años, sino que es una crisis prolongada, desde comienzos de los setenta y que lleva casi cincuenta años, pero que el régimen conoce y por lo tanto reacciona con respecto a eso. Lo fundamental de la reacción para contener esa crisis es la instalación de la globalización o, en otras palabras, un reajuste del

sistema-mundo capitalista, de manera tal de afiatar sus mecanismos para contener el desastre. Constituido este sistema-mundo capitalista, quienes están por detrás son, evidentemente, las grandes empresas, las multinacionales, pero que no controlan el sistema directamente, sino que lo que hacen es instalar organismos supranacionales, que son los que van a regular su funcionamiento. Esos organismos, que cada vez se hacen más fuertes, son el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, el Banco Europeo, la Organización Mundial de Comercio, etc., y, además, una serie de tratados que se empiezan a establecer de uno a uno entre diferentes países o grupos de países, como el caso del TPP-11. Lo que se crea ahí son mecanismos que regulan la economía más allá de las decisiones que puedan tomar los Estados, y mucho menos los ciudadanos de esos Estados. Se crean, incluso, tribunales para zanjar litigios, a los cuales las empresas que se sienten perjudicadas pueden recurrir; y esos tribunales van a sancionar al país del caso. ¿Cuál es el resultado de todo esto? Un debilitamiento evidente del Estado nacional, que tiene como consecuencia necesaria la afirmación de las identidades particulares. Si la identidad nacional está en cuestión, lo que se afirman son las identidades particulares. En el caso de los indígenas y los negros, cuya afirmación de la identidad ya venía con un cierto impulso desde el período anterior, ahora se refuerza. Y lo que tenemos en ese momento es una situación en la cual la clase obrera, que fue el polo presuntamente revolucionario en el período anterior –porque también hay una discusión sobre eso–, pierde gravitación. Pierde gravitación por múltiples razones, las que podríamos discutir, pero es fundamentalmente por el debilitamiento del capitalismo industrial. La globalización capitalista genera una serie de otros grupos (entre comillas, subalternos) que son los grupos tradicionales, es decir, indígenas, negros, mujeres y los relacionados a la diversidad sexual y de género, los refugiados, la gente sin casa, los migrantes de todo orden, etc. Hay una variedad de desapoderados, llamémoslos así, en el mundo contemporáneo –puesto que los desapoderados siguen existiendo y la pobreza sigue existiendo, estamos hablando de 800 millones de personas que están por debajo del nivel de pobreza, de acuerdo al Banco Mundial–, que tiene como consecuencia que ya no pueda ser en este momento la clase obrera la vanguardia de cualquier proceso revolucionario; no sólo eso, sino que el desafío que se le presenta a la izquierda contemporánea es el de crear lo que Laclau llama cadenas de equivalencias. En otras palabras, encontrar el hilo que une a los desapoderados, de manera tal de activarlos en la lucha conjunta contra el orden instituido, que en este caso es el capitalismo globalizado.

¿Y qué rol cumple el intelectual contemporáneo de esta tercera modernidad?

Un rol fundamental, pues efectivamente hay que construir esa cadena de equivalencias que dice Laclau. Si hay que crear el pegamento necesario para reunir a estos grupos, el intelectual tiene ahí un papel. Es uno de los que tiene que estar en primera fila en ese sentido, pues él es quien crea el aparato simbólico con el cual entendemos la realidad.

Hay algunos nombres para América Latina en esa línea.

Yo creo que lo más interesante que está ocurriendo en América Latina hoy está en Bolivia. En Chile suelen decir que, aunque el PIB ha ido bajando seriamente, estamos a la cabeza del resto de los países de América Latina en términos de crecimiento, pero resulta que Bolivia desde el 2006 hasta ahora, ha estado creciendo al 5%, en los momentos en que les ha ido mal han bajado al 4,5%, y en los momentos en que les ha ido bien han subido hasta el 6%. Por eso reeligen a Evo una y otra vez. En ese gobierno hay dos cabezas que son fundamentales: una, la de un líder carismático, que es Evo, y la de, probablemente, el más connotado de los intelectuales latinoamericanos en este momento, que es Álvaro García Linera. Es cosa de leer sus textos para darse cuenta que es un tipo serio, y que se atrevió a dar el salto, terriblemente peligroso en el caso del intelectual, de convertirse en un intelectual ligado al poder instituido, asumiendo como Vicepresidente de su país, lo que significa que ha tenido que defender, frente a viejos amigos suyos, situaciones que son muy complicadas. Una de ellas es la construcción del TIPNIS (Territorio Indígena y Parque Nacional Isiboro Sécure), la carretera en la selva boliviana que afecta a comunidades indígenas, y él ha tenido que defender esto en nombre de la mantención del crecimiento del país, lo que beneficiará a la mayor parte de la población. Es un intelectual que ha decidido ensuciarse las manos y entender que, para conseguir este bienestar para las grandes mayorías, a veces es necesario incurrir en actitudes y decisiones que él mismo había condenado previamente.

Eso nos lleva directamente a otro tema relevante dentro del campo intelectual latinoamericano: el compromiso político de sus agentes. ¿Cómo ha sido, en términos generales este compromiso, y cómo ha cambiado en la tercera modernidad?

Yo creo que el cuadro político latinoamericano actual tiene dos segmentos perfectamente claros. Por un lado, están los que quieren replicar el modelo chileno; eso es lo que quiere

hacer Macri en Argentina; Bolsonaro, quien lo ha dicho con todas sus letras, en Brasil; y es lo que han intentado hacer varios otros antes. El caso argentino es patético, porque el primero que intentó implantar el modelo neoliberal en Argentina fue el ministro Martínez de Hoz en la época de la dictadura, y fracasó. Yo suelo decir que en la dictadura argentina había una cierta democracia, votaban cuarenta generales, y de esos generales había un grupo que eran nacionalistas y se opusieron a las políticas neoliberales de Martínez de Hoz. Lo que no ocurrió en Chile, porque la dictadura fue aquí vertical, con Pinochet a la cabeza y su decisión era la que contaba en realidad. Después, vino en Argentina el intento de Menem en los 2000, cuando Argentina entró en una debacle económica descomunal. Creo que por primera vez en la historia de ese país hubo desnutrición, lo que es un absurdo, porque si hay un país en el mundo que es productor de comida, y excelente, es Argentina. Y, luego, por tercera vez, ahora con Macri, quien está fracasando de nuevo. Está ese grupo que quiere replicar el modelo neoliberal o, en otras palabras, insertar a los países del caso dentro del modelo capitalista globalizado; y, del otro lado, están los que pelean porque eso no ocurra y, en el mejor de los casos, que es el caso boliviano, intentar un modelo alternativo. Tú me preguntas dónde está el intelectual en esas circunstancias. Están en los dos lados. Tienes, en el caso de los defensores del status quo, del modelo instituido, todo el aparato tecnocrático, que son los intelectuales orgánicos del régimen, que son los que en Chile suelen llamarse los expertos y que serían, con una palabra que yo odio, los dueños de la experticia, que esencialmente son individuos que trabajan para el funcionamiento del sistema o, en el caso de los países que no han logrado implantar el sistema, para implantarlo. Del otro lado, tienes a los intelectuales disidentes que, a mi juicio, son los únicos intelectuales (yo creo que los otros no lo son, sencillamente), estos los tipos que siguen pensando que América Latina tiene una identidad propia, y que las soluciones, tanto políticas, económicos y culturales tienen que adecuarse, y diría también generarse, en América Latina. Y ese es el caso de García Linera.

Esto nos conecta con el latinoamericanismo, que ha sido una corriente dentro del pensamiento crítico. Si pensamos que en esta tercera modernidad hay otros agentes interviniendo el campo, como indígenas, afrodescendientes, las disidencias sexuales, las feministas, quienes han elaborado una reflexión, no sé si tan nueva, pero que pareciera estar moviendo el cerco de este latinoamericanismo. ¿En qué medida cree usted están colaborando en pensar esta América Latina con los desafíos que hoy se tienen?

Yo pienso que en estos grupos han existido dos posiciones. Ha existido la posición fundamentalista y ha existido la posición que, sin renegar de la identidad grupal, entiende que esa identidad tiene que dialogar con otras alrededor. Tú que has trabajado el Caribe lo sabes muy bien: la negritud de Césaire y los demás, instalada en los años treinta, era fundamentalista y no sin razón, había motivos poderosos para que eso ocurriera, pero que a la generación siguiente, que es la de Fanon, no le servía, porque Fanon, políticamente, necesitaba el diálogo con los otros grupos que iban a apoyar la causa anticolonial, que era la que a él le interesaba por sobre todas las cosas, empezando por Sartre, que es el que prologa su libro fundamental. Si se lleva esto a la lucha de las mujeres, encuentras también las posiciones radicales, en el sentido de que hay aquí una identidad que no es compatible con nada y contra la cual, una pensadora tan importante como Marta Lamas en el caso mexicano, se ha rebelado. La misma Julieta Kirkwood, en el caso chileno, en su libro más importante, *Ser política en Chile. Las feministas y los partidos*, lo que está intentando es compatibilizar la lucha de las mujeres con la lucha política que, en ese momento, el de la lucha contra la dictadura de Pinochet, es para ella fundamental. Es decir que Kirkwood no puede desconocer eso, no puede plantear una posición aislacionista en tales circunstancias. Lamas, Kirkwood, que son voces feministas, y voces feministas fuertes, se oponen a eso. Y lo mismo ocurre, en general, con los demás grupos. De lo que se trata, entonces, es de tomar eso de las equivalencias de Laclau, y construirlas, lo que significa construir puentes, fundamentales a la hora de plantear una política emancipatoria. En el caso mapuche chileno, para poner la cosa más cerca, es clarísimo: tú tienes a Elicura Chihuailaf, en un lado, que es un conocido y respetable ancestralista, y tienes a Jaime Huenún en el otro, un gran poeta, que entre otras cosas ha escrito un libro que se llama *Reducciones*, cuyo compromiso con la causa mapuche no puede ser puesto en duda, pero que sin embargo entiende que su cultura no se puede dar al margen de la cultura en su torno.

¿Y cómo estos discursos van reformulando este latinoamericanismo?

Lo que estoy postulando es que hay que utilizar los conceptos de totalidad y diferencia. La construcción en todo orden, la construcción política de los partidos, de los Estados nacionales, etc., entendidos como totalidades, pero totalidades integradas por diferencias, que coexisten e interactúan en la totalidad. Es un difícil equilibrio, evidentemente, pero creo que es la única solución real que tenemos. Renunciar a la totalidad y hacer la apología del fragmento es un gesto que creo que hay que dejar de lado. Tenemos que pensar en una totalidad de la que formamos parte, pues es la única manera de establecer una

convergencia que sea capaz de enfrentarse con otras; una totalidad que está integrada por partes, cada una de las cuales tiene su propio espesor, y que, por lo tanto, se integran dialogantemente, racionalmente, en la totalidad. Esto es lo que hay que lograr. A menos que no lleguemos a algo como eso, creo que estamos condenados.

¿Y esa totalidad sigue siendo periférica en relación a otras totalidades?

Yo sigo usando los conceptos de centro y periferia, de vez en cuando, pero me doy cuenta de que es un concepto que se ha debilitado considerablemente. Hay un alemán, Heinz Dieterich Steffan, que fue asesor de Hugo Chávez y vive en México, que en una nota reciente decía que realmente lo que se está configurando es un mundo cuadripolar: un núcleo en torno a Estados Unidos, otro núcleo en torno a Rusia, otro núcleo en torno a China, y otro núcleo en torno a la Unión Europea, y que eso es lo que se nos viene por delante. La impresión que yo tengo es que en la medida que nosotros logremos salir de nuestras dificultades actuales, América Latina perfectamente se podría constituir otro polo. No sé en qué plazo, pero tiene las condiciones para ello. En ese sentido, el concepto de periferia deja de tener el peso que tenía previamente.

Muy brevemente, cuando hablamos de América Latina, ¿hablamos también de Brasil y de las zonas no hispanohablantes del Caribe?

Sí, absolutamente. Incluso, aun cuando la noción de América Latina se vincule a la latinidad y todo lo demás, hay que entenderlo hoy día como un concepto geopolítico, y en ese sentido yo creo que los países de habla inglesa del Caribe deben ser incluidos también. Es la fórmula de la CEPAL de América Latina y el Caribe, yo creo que basta con decir América Latina e incluirlo todo.

Otro proyecto que usted encabeza y que está en pleno desarrollo, pues tiene dos publicaciones a su haber, es la Historia crítica de la literatura chilena. Es un trabajo de largo aliento, de cinco volúmenes en total, que ha convocado a más de un centenar de investigadores. Están publicados por LOM El período colonial, Vol. I (2017) y La era republicana. Independencia y formación del Estado nacional, Vol. II (2019). ¿Cuál es la importancia de estos análisis más generales, en relación a una literatura nacional?

Lo primero es que la forma de este proyecto responde, en buena medida, si no totalmente, a la periodización que conversamos previamente. Los cinco volúmenes empiezan en el período colonial y siguen en el de la independencia y la formación del Estado nacional; luego vendrán los cuatro volúmenes dedicados a la modernidad, de manera que más o menos nos atuvimos al perfil que yo acabo de enunciar más arriba. En segundo lugar, se trata de una historia que recupera la necesidad de establecer el contacto entre literatura y sociedad, que era un contacto perdido, que se empezó a perder después de la segunda guerra mundial, que se perdió definitivamente en la época de la dictadura y que siguió bastante perdido en la época de la postdictadura. Hay que aclarar, sin embargo, que la conexión literatura-sociedad, no significa y no debe significar, y nosotros nos hemos preocupado de que así sea, la subsunción de la literatura en la sociedad. En otras palabras, que los esquemas interpretativos para el funcionamiento social se apliquen mecánicamente en el plano de la literatura. Una vez más habrá que recordar la noción de totalidad y diferencia, es decir, la literatura sí forma parte de la totalidad social, pero también tiene diferencias con respecto a otros sectores de la totalidad social. Por eso, este concepto es a mi juicio esencial, con el que hay que trabajar. En tercer lugar, es una historia crítica que se está enfrentando con el canon, y eso significa desvalorizar ciertas cosas, revalorizar otras e incorporar al canon cosas que no estaban en él. Entre lo que hay que incorporar, de forma esencial, está el aporte indígena, el aporte de las mujeres y el de la diversidad sexual; los tres subrepresentados hasta ahora. Aquí tienen un lugar, y un lugar importante, y que va siendo cada vez más importante en la medida que se avanza cronológicamente. Finalmente, se podría decir que hay un afán pedagógico en todo esto, en el sentido que hay que reeducar a la población chilena en lo que constituye parte de su patrimonio fundamental, cosa que yo siento no están haciendo las autoridades que debieran hacerlo. Todo lo contrario, las autoridades que deberían velar por nuestro patrimonio cultural, lo que están haciendo es recortarlo. Desde hace mucho tiempo que lo literario les interesa muy poco. La literatura está unida, en la concepción que tienen las autoridades, al lenguaje, cosa que es cierto y es justo que así sea, pero está unida a una concepción instrumentalista del lenguaje. De lo que se trata es de enseñarles a los niños a usar bien el lenguaje, lo que no tiene sentido si no es a través de la enseñanza de la literatura.

En consideración a este asedio que de un tiempo a esta parte han sufrido las humanidades, ¿cuál cree que es la tarea de una crítica literaria?

Acabo de reescribir un viejo artículo mío sobre las humanidades, que va a aparecer en un libro que se va a llamar *Proposiciones*. La tesis central de ese ensayo es que las humanidades son esencialmente contradictorias con el capitalismo, sobre todo el contemporáneo. El capitalismo contemporáneo considera que las humanidades son innecesarias o, peor aún, que son peligrosas, y en ninguno de los dos casos va a estar dispuesto a apoyarlas. Los ejemplos en ese sentido son múltiples. El favorito mío: en un momento en el que ganamos un proyecto para el Centro de Estudios Culturales Latinoamericanos de la Universidad de Chile, financiado por el Ministerio de Educación, teníamos una asignación presupuestaria para la compra de libros, y desde el Ministerio nos dijeron que por qué íbamos a comprar libros, que lo que teníamos que hacer con ese dinero era contratar sitios de internet. Ahí está clara la posición del administrador burocrático con respecto a lo que nosotros hacemos.

Llegando al final de esta conversación, ¿hay algo que le gustaría añadir a lo dicho?

Creo que la situación actual es un campo de batalla; si en los sesenta, el campo de batalla era entre reforma y revolución, en este momento el campo de batalla es entre partidarios de la globalización capitalista y quienes están dispuestos a dar la vida para impedir que eso se imponga. Vuelvo a repetir lo que dije hace un rato: el único país en que eso se instaló, y funciona hasta ahora, aunque con grandes diferencias en el interior, es Chile. En ninguno de los demás países de América Latina ha ocurrido esto, pero en todos existe un sector muy fuerte que está luchando por su implantación. También hay un sector no menos fuerte que se está oponiendo. En el Brasil, para impedir que la oposición triunfara, tuvieron que encarcelar a Lula y dar un golpe de Estado, porque eso fue, contra Dilma Rousseff. En la Argentina intentaron meter en la cárcel a Cristina Fernández de Kirchner, pero no lo lograron. En México, por primera vez en no sé cuántas administraciones, hay un presidente honorable y progresista. Son indicadores.